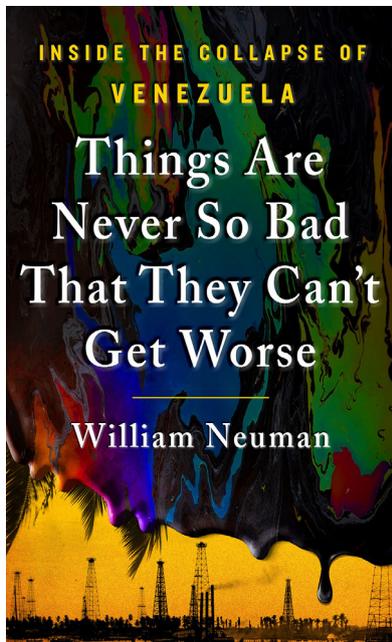


Things are never so bad that they can't get worse. Inside the collapse of Venezuela

William Neuman (2022).

Things are never so bad that they can't get worse. Inside the collapse of Venezuela [versión kindle].

EE.UU.: St. Martin's Press, 336 págs.
ISBN: 1250266165.



"Ojalá pudiera creer en algo como el socialismo, o como Dios", anotó en su libreta William Neuman, corresponsal de *The New York Times* en Caracas entre 2012 y 2017, tras su primera conversación con Antonio Martini. En esa ocasión este último, de profesión ingeniero, le comentó: "Si Venezuela cae en esta lucha de transformación, entonces toda América Latina caerá con ella. Muchos países y muchos movimientos sociales miran a Venezuela como ejemplo: 'si Venezuela puede hacerlo, nosotros también podemos'. Si Venezuela cae, entonces no hay más modelo a seguir".

El periodista estadounidense fue varias veces a ver a Martini a la oficina que con su esposa, Mercedes, habían arrendado en un centro comercial. La pareja buscaba maneras de ganarse la vida: se habían dedicado al *coaching* profesional y personal, ella hacía algo de diseño gráfico y habían creado una agencia de viajes en línea. "Había que admirar su iniciativa", escribe Neuman. "Ya nadie viajaba. Las empresas que podrían haber necesitado servicios de diseño gráfico estaban cerrando y las perspectivas de entrenar clientes no tenían cómo ser alentadoras".

Martini había tenido cargos de responsabilidad en Corpoelec, la mayor eléctrica de Venezuela, y fue testigo de malos manejos y de corrupción que derivaron en serios apagones de alcance nacional (que la autoridad se apuró a atribuir a atentados de distinta especie). Finalmente, y sin que se le dieran motivos, según cuenta el afectado, lo despidieron de la empresa apenas esta pasó a ser controlada por el Ministerio de Energía Eléctrica, ya durante la administración de Nicolás Maduro. Así y todo, tras reportarle a Neuman un abanico de pellejerías propias y ajenas, la pareja conservaba la fe: "Le pregunté a Antonio cómo votaría hoy si hubiera elecciones presidenciales. Sin dudarlo, dijo que votaría por Maduro. Mercedes dijo que haría lo mismo. Quedé atónito".

"Envidio la simpleza de la creencia", prosigue Neuman en *Things are never so bad that they can't get worse. Inside the collapse of Venezuela*. La simpleza

"de un mundo ordenado que obedece reglas, sean las de un dios, las del socialismo o las de algún otro *-ismo*. Pero tengo la desventaja ocupacional de un reportero de periódico: sólo creo en la verdad. La verdad de un periodista no es simple. Requiere andar escarbando y hablar con muchas personas que dicen cosas

contradictorias. El mundo es un lugar complejo. El trabajo del periodista, también el del ciudadano, es hacer un gran esfuerzo por entender el mundo como es".

Cierto es que no son ya estos los tiempos en que la verdad, entendida como correspondencia entre la realidad y lo que se dice de ella, se reivindica sin más como un piso de la experiencia compartida y de la función profesional. Así y todo, en general los periodistas siguen —seguimos— creyendo que efectivamente hay tal cosa, teniéndola como una especie de norte. Y si algunos —o muchos— entienden en la infrascrita "verdad del periodista" una aproximación puramente subjetiva si es que no relativizadora y hasta religiosa de parte de Neuman, cabe consignar algo más mundano: "La verdad del periodista' podría no ser más que el resultado de su trabajo". De su quehacer profesional, con todo lo que esto tenga de aleatorio, de parcial y de inconcluso.

Las disquisiciones formuladas hacia el final de este reportaje contundente y desolador, que bien puede leerse como una novela de no ficción, parecieran explicar en parte su aproximación a un país que no pretende dar por conocido y a una situación multiforme que demanda un abordaje en varios niveles. En buena medida, es lo que acá tiene lugar.

Nada es desdeñable en el esfuerzo del autor por entender a Venezuela desde Bolívar y el siglo XIX; desde las paradojas del crecimiento económico sostenido en el petróleo, a su vez protagonista de un clientelismo que rehúsa decir su nombre; desde las serias dificultades por tener y sostener, de los '50s en adelante, un sistema democrático en forma; desde los bemoles del autoritarismo populista; desde los malabares ciudadanos por la subsistencia en un país que, sin estar en guerra civil, ya superó a Siria como el mayor generador mundial de refugiados.

En calidad de corresponsal para la “región andina”, Neuman llegó a Venezuela en enero de 2012. Era un año clave: tenía lugar la que sería la última campaña presidencial de Hugo Chávez, mientras el precio del petróleo estaba sobre los US\$ 100 el barril. “Uno tenía la sensación de estar en un país lleno de dinero”, contó meses atrás el periodista a La Tercera.

“Pude ver el país en su auge, en cierto sentido, y también ver a Chávez y conocer el país de antes. Después vino la muerte de Chávez, en marzo de 2013, y empezó la era de Maduro. Al año siguiente comenzó a bajar el precio del petróleo y el colapso de Venezuela se inició con dos crisis combinadas: la primera es la muerte de Chávez, que gatilla una crisis política, y la segunda es la crisis económica, que comienza con el desplome del precio del petróleo”.

Después de volver a Nueva York, remata, “seguía regresando a Venezuela, para visitar amigos o para trabajar. En 2018 cubrí la reelección de Maduro. También pasé bastante tiempo en el país en 2019, cuando empecé a trabajar en el libro”.

En tanto reportaje metódico que echa mano a recursos variados para dar cuenta de una multiplicidad de elementos en juego, el libro exhibe sus virtudes: pone al lector en situación, multiplica las dimensiones de la experiencia descrita e inserta esa experiencia en un cuadro mayor. En cuanto a lo primero, asoman esas cualidades que nos hacen sentir parte de lo que se cuenta, sin perjuicio de que el dato duro o la referencia oportuna nos provean el resto. Y eso vale para múltiples usos.

Hay, por ejemplo, escenas que se desarrollan en hogares empobrecidos donde las rutinas cotidianas se tuvieron que acomodar a la acotada disponibilidad de energía eléctrica;

donde tácticas y estrategias para conseguir bienes elementales, en particular comida, van de la mano con el menor número y la peor calidad de las comidas diarias.

Hay, igualmente, “historias humanas” de viejo cuño que, inopinadamente, pasan del sueño semicumplido a la pesadilla consumada. Como la de Margelis Romero, que el jueves 14 de marzo de 2019 llegó hasta el que solía ser su lugar de trabajo desde hacía tres años, el Hotel Brisas del Norte en Maracaibo. Dos días antes, cuando recién terminaba un apagón de seis días y sin que nadie hubiese hecho nada para frenarlo, se produjo el saqueo completo del lugar. La descripción de lo que encontró (“Todas las puertas habían desaparecido de todas las habitaciones. Todo lo que tenía el menor valor había sido arrancado: las tuberías, los cables, cada tenedor y cada cuchara”) da una idea del modo vívido y compasivo con que el autor aborda a sus personajes.

Incluso, como quien hace un guiño a cierto humor negro, cuenta historias increíbles, como la del tren urbano caraqueño que sólo llegó a construirse entre dos estaciones, a costos insólitos, para que Hugo Chávez pudiese ser visto por sus conciudadanos viajando en él, días antes de una elección. Los modos en que el poder político busca reproducirse a sí mismo ocupan, por lo demás, un lugar destacado en esta narrativa.

Es entendido y aceptado que toda tarea periodística —más aún si es de un calado mayor, como ocurre acá— puede verse permeada y, a veces, modelada por las adhesiones, los prejuicios y los intereses de quien ejerce el oficio (y ya que estamos, por su género, su clase y su nacionalidad). No es algo que este volumen esconda. De hecho, si el parecer de Neuman respecto de las autoridades venezolanas no se infiriera del propio título del libro, quedan a lo largo de él repartidos sus juicios, como

cuando afirma que lo que ha habido en el país no ha sido socialismo, sino *showcialismo*. Al mismo tiempo, y ya en sentido contrario, el autor se disculpa con los lectores por ser ciudadano de un país cuyo Ejecutivo, con el argumento de ahogar a un régimen corrupto, sólo consiguió empeorar una situación ya angustiosa para millones. La “política Bolton” fue icónica a este respecto y Neuman provee una entrada reveladora y atrapante.

El punto, finalmente, es si el autor deja de ejercer un periodismo capaz de escrutar y de escuchar, de entender y de explicar. No parece que este último sea el caso. Más bien lo contrario. Por eso su contribución resulta tan valiosa.

Pablo Marín

Universidad de Chile
p.marin@uchile.cl
